

# Contra el tiempo

**Vivir del cuento**

### **colección Vivir del cuento 3**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

Ana María Shua, *Contra el tiempo*

Primera edición: abril de 2013

ISBN: 978-84-8393-141-7

Depósito legal: M-7810-2013

© Ana María Shua, 2013

© Del prólogo: Samanta Schweblin, 2013

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2013

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

**Ana María Shua**

**Contra el tiempo**

Edición de Samanta Schweblin



## ÍNDICE

<i>Sobre Ana María Shua</i> , por Samanta Schweblin ....	9
Como una buena madre .....	25
Revancha .....	41
La Sala del Piano .....	57
Una sesión de tomas .....	65
Los días de pesca .....	79
Octavio el invasor .....	87
Encuentro con Leila .....	99
Nariz operada .....	105
La mujer herida .....	115
Vida de perros .....	133
La señora Luisa contra el tiempo .....	145
Amanecer de una noche agitada .....	153
Ha llegado un escritor .....	161
El viejo en el jardín .....	177
Auténticos zombis antillanos .....	189
La columna vertebral .....	203
<i>Una conversación con Ana María Shua</i> .....	217

## **SOBRE ANA MARÍA SHUA**

### **EL DESCUBRIMIENTO**

La vi por primera vez en el verano de 2004, en un congreso de literatura de la Universidad de Buenos Aires. Había leído sus microcuentos pero no sus cuentos, ni sus novelas, y tardé en reconocerla. Ni alta ni baja, con el pelo a lo Mafalda y ojos brillantes, Ana María Shua subió al escenario y se sentó tras la mesa, junto a la entrevistadora. Estábamos en un patio interno del edificio. Hacía mucho calor. El público, disperso, buscaba los rincones más frescos donde acomodarse. Yo apenas empezaba la universidad, y aunque ya tenía una admiración devota por los escritores, me había cruzado con muy pocos, pocos que coincidían en muchas cosas: eran hombres, casi siempre vestían de negro, usaban elegantes muletillas intelectuales y manejaban un vocabulario acorde a sus complejas ideas, difíciles para mí de descifrar. Me encantaban. Pero mi admiración era un imposible. Yo también quería escribir, ser «escritora», necesitaba encontrar algo más detrás de ese espejismo, conectarme con algún tipo de señal que no lograba ver en estos hombres oscuros y complicados. O al menos esto creo ahora

cuando, recordando este primer encuentro, me pregunto qué hacía en semejante congreso, viendo subir y bajar escritores del escenario como si se tratara de una subasta.

Ana María Shua me dio esa señal. Fue un gesto pequeño, pero para mí revelador. Una pista de qué está hecho un escritor, ínfima, pero sumamente disparadora. En el patio el público todavía se acomodaba. Conversaba, revolvía sus bolsos, nos cambiábamos una y otra vez de asiento porque aunque no daba el sol, el plástico de las sillas hervía al contacto con el aire. La entrevistadora quería comenzar, pero quizá estaba también tan incómoda como el público. Entonces Ana María Shua, muy sonriente hasta entonces, sacó de su cartera un objeto blanco difícil de descifrar desde mi lugar. Miró al público, sería por primera vez. No es que algo la hubiera molestado, ni que estuviera impostando ningún tipo de papel. Más bien parecía que, para ella, ya era tiempo de comenzar, de empezar a hacer lo que fuera que hubiera que empezar a hacer. Y tuve la sensación de que todos nos acomodamos rápido bajo su mirada. Y me gustó. Y me gustó más cuando, en un gesto rápido, abrió su abanico blanco y lo sacudió enérgicamente un poco por debajo de su cuello. Porque entendí de inmediato las pistas. Porque entendí por primera vez la urgencia del escritor, y me di cuenta de que, de las setenta, ochenta personas que estábamos ahí esa tarde, aplastadas bajo un calor que nos atontaba y nos desconcentraba, Ana María Shua era la única que parecía haber ido preparada.

#### CINCO INTENTOS HACEN AL CUENTISTA

Publicar cuentos no es una tarea sencilla. Los escritores creen que son los editores los que no quieren publicarlos, quienes a su vez creen que son los lectores los que ya no

quieren leerlos, y lo que creen los lectores es muy difícil de saber. Es una ecuación confusa con algunos eslabones perdidos.

Ana María Shua recorrió un largo camino antes de lograr publicar su primer libro de cuentos. Al principio, ni siquiera sospechaba su amor por el género; al final, su amor declarado y un primer gran libro no fueron suficientes para un mercado ávido de novelas. Pero lo más interesante de su búsqueda es que ella siempre tuvo en claro dos ideas sensatas que a veces parecen contradictorias —pero no lo son—. La necesidad primaria de escribir —haya o no haya detrás un lector—, pero también, por supuesto, la necesidad fundamental de llegar a ese lector, de encontrarse.

Ana María Shua escribía incluso cuando nadie podía, literalmente hablando, leerla. Cuando tenía tres años y su madre estaba embarazada le escribía cartas a la cigüeña en aplicados garabatos. Cuando su madre, absorta frente al papel, era incapaz de entenderlos, Ana María Shua se enfurecía: «¡Si yo sabía perfectamente qué era lo había escrito!». Pareciera que el esfuerzo por «ser leída», la búsqueda incesante de un espacio en el arbitrario universo de los lectores y el mercado, había empezado ya en una edad insólitamente temprana.

El primer ámbito que la sedujo en su camino hacia la literatura fue el del teatro. Ella insistirá en que fue la lectura, la lectura antes que nada, porque fue una lectora ávida y precoz, y los libros, sus grandes maestros literarios. Pero quizá fue en su acercamiento al teatro donde por primera vez eligió un camino en el cual instruirse. Y ese primer paso quedó rápidamente atrás cuando, en su profesora de teatro, encontró una guía espiritual para el descubrimiento de la poesía contemporánea —a sus diez años Ana María Shua ya

había escrito un libro de poemas y, aún antes de aprender a escribir, había sido la espectadora fiel de su tía Musia, que estudiaba declamación y le recitaba los poemas más sonoros de la lengua española—. Pero el descubrimiento de esta nueva poesía, desconocida hasta entonces para ella, le dieron un nuevo impulso «entendí que era posible una poesía sin métrica ni rima, que la poesía era algo más que sonido». A razón de un poema por encuentro, un par de años más tarde sumó la cantidad necesaria para empezar a pensar en un libro. Así, en 1967 y con sólo quince años, el Fondo Nacional de las Artes le otorgó un subsidio para publicar su primer libro. Recién embarcada en la poesía y premiada ya con este reconocimiento, Ana María Shua se encontró con una realidad aún más difícil que la de publicar cuentos: publicar poesía. Aunque logró firmar un contrato con el dinero del premio, una vez impreso el libro, la editorial se negó a distribuirlo, y otra vez, como en esas cartas a la cigüeña de ilegibles garabatos, el afán por llegar a sus lectores volvía injustamente a negársele.

De alguna manera, Ana María Shua tomó aire, muy profundo, se armó de paciencia y voluntad, y decidió dar su tercer paso. Un paso práctico: el de la independencia. En su afán por las letras buscó trabajo en el periodismo. Pero era muy joven y en el entorno del periodismo todavía había poco espacio para las mujeres. A los diecinueve años, bajo el seudónimo de Diana Montemayor y contratada por una revista femenina que publicaba fotonovelas y cuentos románticos, Ana María Shua dio sus primeros pasos en el género del cuento. El pedido fue claro: redactar cuentos de amor previsibles y tradicionales. Así, sin autoexigencias ni pretensiones, escribió sus primeros textos alejada de la punción nefasta de los más apasionados aspirantes: escribir



para la gran literatura universal. A escribir a pedido, a contra tiempo, y en las peores condiciones, lo aprendió en su siguiente trabajo: su larga incursión de quince años como redactora de distintas agencias de publicidad. Avisos gráficos, frases para la radio, guiones comerciales y folletos. Así, en el ejercicio cotidiano, fue afilando el lápiz, y así también fue naciendo el amor por los cuentos. Poco a poco fue gestando su primer libro *Los días de pesca* –de donde salen los cuentos aquí antologados «Los días de pesca» y «Amanecer de una noche agitada». Puesto el último punto, terminado el libro, otra vez había que enfrentarse al problema de la publicación. «Empecé la peregrinación por las editoriales con mi carpeta debajo del brazo. Así descubrí que tampoco se vendían cuentos. “Si fuera una novela...” decían los editores. Y yo me volvía triste con mi carpeta a casa». Si es difícil publicar cuentos en cualquier ciudad, en Buenos Aires es dos veces más difícil. Hoy en día hay cientos de talleres literarios –aunque de esto, por supuesto, no protestaremos jamás– y en cada taller literario –donde el noventa y nueve por ciento de la concurrencia escribe cuentos– hay siempre dos o tres buenos aspirantes a escritores que terminan cada tanto un nuevo libro. Llega mucho material por mes a las mesas de los editores, y es hasta entendible que para algunos de ellos los cuentistas sean sólo aspirantes, aprendices del oficio a los que se les tiene algo de fe y que eventualmente madurarán, dejarán atrás sus alocadas ansias de brevedad, y escribirán una novela. Y para el que crea que sin talleres literarios Buenos Aires no estaría lleno de cuentistas, ahí está Ana María Shua buscando editor en la década del setenta, en pleno fervor del boom latinoamericano, cuando Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y el enorme Juan Rulfo producían sus mejores cuentos.

Finalmente, en 1978, Ana María Shua encuentra editor y firma su primer contrato. «Toqué el cielo con las manos», dice, pero de la publicación del libro no hubo noticias. Nada pasó ese semestre, ni el siguiente, ni el siguiente, ni el siguiente. El libro no se imprimió. La editorial se excusaba con razones económicas y se disculpaba una y otra vez. En esos meses, años de espera, tiene una charla con su vecino Kike, un amigo sociólogo con quien a veces se juntaban a leer sus primeros cuentos. «Kike» era Kike Fogwill, así que es fácil imaginarlo dándole este consejo revelador «Mirá, yo tengo una conocida que le pasó algo parecido y el libro no salió hasta que no puso la guita». Y una vez más, nuestra autora toma aire muy profundo, se arma de paciencia y voluntad, y da su siguiente paso, su cuarto paso. Ofrece «colaborar» económicamente con parte de la impresión, por un libro con el que ya había firmado contrato. Paga religiosamente en cuotas el monto y, por si todo lo demás no sirviera, adelanta su quinto paso y termina su primera novela, *Soy paciente*, que gana el Premio Editorial Losada y se publica en 1980. Consagrada al fin con una novela, bienvenida al mundo de los escritores y habiendo pagado hasta el último centavo de su cuota, *Los días de pesca* se publica casi tres años después de la firma del contrato, en 1981. Así llega finalmente, parte de esta antología, a las manos del lector.

#### LOS CUERPOS Y LA IMPACIENTE SOSPECHA DE ALGO MÁS

Detrás de la aparente cotidianidad de estos cuentos, de sus personajes familiares o absurdos, una fuerza extraña late oculta tras la trama y deja una vaga sensación de fracaso. No es la muerte —presente en muchos de sus cuentos—, ni la pérdida, ni el dolor. Es una amenaza mucho más